

razon no solamente la voluniad real del vicio, sino tambien el secreto conocimiento de que todavía no queremos renunciarle. ¡Ah! ¡qué otra cosa vemos al rededor de nuestros confesonarios sino pecadores de esta especie?

Os pregunto: ¿si cuando vais á confesar vuestras culpas os quereis convertir con una voluntad firme, constante y sincera, que no forme unos propósitos vagos y distantes de la mudanza de vida, sino que ya derrame verdaderas lágrimas de penitencia? Os pregunto con Jesucristo: *Vis sanus fieri?* La conciencia no puede en esto engañarse á sí misma, y conoce muy bien si el propósito de una nueva vida es verdadero: los preludios de una conversion y de una eterna renovacion de costumbres tienen no sé qué viveza tan señalada, que desde luego se dan á conocer y no dejan razon de dudar; las lágrimas, los combates, las inquietudes, las nuevas ideas, los pasos sérios y penosos y algunas otras cosas que antes no se habian sentido y que no habian visto en nosotros los que nos tratan; una exterioridad que anuncia algo mas que el fruto de una confesion ordinaria; estos son los dolores del parto, que no pueden equivocarse con otros: *ibi dolores ut parturientis.*¹ En esto es imposible el engañarse, porque solamente cierta especie de dolores anuncia el nacimiento del nuevo hombre en nuestro corazon.

Acordaos de las conversiones de las pecadoras, de los Saulos, de los Agustinos; ved lo que les pasó en aquellos felices instantes que precedieron á su conversion. ¡Qué turbaciones! ¡qué ansiedades! ¡qué combates! ¡qué heróicos esfuerzos contra sí mismos! ¡qué nuevos pasos! ¡qué lágrimas! ¡qué excesos de amor y de compuncion! En medio de

¹ Psalm. 47. v. 7.

estas agitaciones es en donde se consuma la obra de la conversion. Pero unos pasos frios y tranquilos nada tienen que la anuncie ni que se la parezca. En medio de estas turbaciones, de estos vientos impetuosos, por decirlo así, baja el espíritu de Dios á un corazon penitente, como bajó en otro tiempo al cenáculo, y viene á darle la paz y la gracia, y entonces es cuando se puede decir que oye su voz cuando llega, y que sabe dónde va y de dónde viene. Decidnos ahora si conoceis por estas señas el dolor con que hasta aquí os habeis preparado para el sacramento de la penitencia.

Y no me respondais que este dolor oculto en lo íntimo del alma no siempre es sensible al corazon penitente; la mudanza de vida se eleva tanto sobre nuestras inclinaciones y nace de un amor tan vivo, que es imposible el que se halle en nuestro corazon sin que él mismo lo conozca; pero finalmente, dado caso que suceda así á ciertos corazones frios, tranquilos é insensibles que antes se romperán que se enternezcan, ¿cómo es posible que vosotros los que teneis naturalmente un corazon tan tierno y tan á propósito para moverse, vosotros cuya facilidad en las deplorables pasiones ha pasado á exceso, vosotros que tanto nos ponderais la bondad y ternura de vuestro corazon, háyais de carecer de ella para vuestro Dios? ¿El dolor del pecado ha de ser el único que os halle frios é insensibles? ¡las lágrimas, los sentimientos, los afectos, que son tan propios de vuestra natural disposicion, no lo han de ser del de vuestra penitencia? ¡Oh qué ilusion, amados oyentes míos! Si no sois tan sensibles al dolor de vuestro arrepentimiento como lo habeis sido á vuestros desórdenes, es señal de que fuísteis verdaderamente pecadores y no sois mas que fingidos penitentes.

Por último, el dolor de la penitencia no solamente es una resolución real y sincera de mudar de vida, sino también una atención actual que desde luego toma las medidas para ello. La principal de éstas es la elección de un ministro fiel, que coopere con Jesucristo á curar vuestra alma; elección difícil, pero es la más importante que podéis hacer, pues se trata de vuestra salvación, y lo que decide de nuestra eterna salud es la elección de aquel á quien hemos de confiar los secretos de nuestra conciencia. En la relación del presente Evangelio hallamos esta última reflexión. Señor, dice el paralítico á Jesucristo, no tengo hombre que me entre en la Piscina cuando está movida el agua: *Domine, hominem non habeo.*¹

¿Os encomendais á Jesucristo antes de venir á presentarnos en el tribunal de la penitencia, para que os ayude en una elección tan esencial y os provea de una guía fiel que os lleve con seguridad por el camino de la salvación? ¿buscáis un hombre lleno del espíritu de Dios que sepa echaros á tiempo en la Piscina y cultivar aquellos primeros movimientos de la gracia con que venís al tribunal de la penitencia?

¿Buscáis un hombre ilustrado que pueda juzgar de la lepra, conocer las heridas de vuestro corazón y no engañarse en la aplicación de los remedios? ¿un hombre experimentado que sepa distinguir en vuestra alma los caminos de la gracia, dirigir las operaciones de Dios en ella y no acelerar á las almas á quienes el Espíritu Santo mueve lentamente, ni detener á las que caminan en alas de la gracia, por decirlo así, y seguir el espíritu de Dios y no anticiparse á él?

¹ Joan. 5. v. 8.

¿Un hombre acostumbrado á hablar con Dios en la oración, á estudiar al pié de la cruz la ciencia de la eternidad, y cuyas palabras, llenas de aquel espíritu que ha adquirido en la presencia del Señor, introduzcan después la suavidad de la gracia hasta lo íntimo de vuestra alma, cuando ésta se le manifieste en aquellos felices instantes en que las más sencillas verdades hacen tanta impresión?

¿Un hombre desinteresado que no examine si sois grande según el mundo, sino si sois pecador en la presencia de Dios, que se mueva más de vuestros vicios que de vuestros títulos, y que no proporcione la indulgencia ó la severidad de sus sentencias á la elevación ó á la oscuridad de los pecadores, sino á la cualidad de sus delitos?

¿Un hombre celoso á quien nada puede apartar de los intereses de la verdad y de las santas reglas de su ministerio, y que sin hacer ostentación de severidad no busque su estimación en los excesos y singularidades ridículas de sus penitentes, sino en dar honor á la gracia y á la religión, inspirándolos aquella sóbria prudencia que cumple dignamente con las obligaciones de su estado, y que al mismo tiempo que condena al mundo, se granjea la estimación y el respeto del mismo mundo?

Finalmente, ¿buscáis un hombre caritativo que sepa mezclar el aceite de la suavidad con el vino de la fortaleza, que no altere las heridas con excesivos rigores, sino que atraiga los enfermos con las condescendencias necesarias; que no siempre sea juez, sino que algunas veces se acuerde de que es padre; que sepa mudar su voz como el apóstol, hacerse todo para todos, y tomar todas las figuras para formar á Jesucristo en el corazón?

¿Buscáis un director de estas cualidades? Al contrario, teneis por más á propósito los más desconocidos y por más

hábiles á los mas indulgentes. Manifestais indiscretamente las llagas de vuestro corazón al primero que os ofrece la casualidad; tomáis, como aquel Michas de quien se habla en el libro de los Jueces, el primer levita que se presenta y le decís: Sed mi padre y mi sacerdote.¹ Acaso poneis precio á sus cuidados y á su ministerio y le haceis á un mismo tiempo ministro y defensor, como aquel israelita, de los dioses y de los ídolos que habeis levantado en vuestra casa y á los que habeis entregado vuestro corazón; y si acaso usais en esto de alguna circunspeccion y haceis alguna diligencia, es para no encontraros con aquellos cuya fama de exactitud é integridad temen vuestras pasiones, y á los que solo buscan los que quieren con sinceridad convertirse y servir á Dios; y así, solamente la eleccion que haceis del juez de vuestra conciencia es prueba decisiva de que no quereis mudar de vida, de que vais á profanar el sacramento y á mancharos de nuevo en donde debiérais lavaros de vuestras manchas.

Estos, católicos, son los mas comunes principios de la inutilidad del sacramento de la penitencia. Nos falta luz en el exámen, sinceridad en la manifestacion de las culpas, dolor en el arrepentimiento, y por eso son hoy tan raras las conversiones en el tribunal de la penitencia; por eso entre la infinita multitud de ciegos, de cojos y de paralíticos, apenas halla Jesucristo uno, como dice San Agustin, que merezca ser curado: *Tot jacebant, et unus sanatus est.* En los cinco pórticos de la Piscina estaban figurados, segun dice este santo padre, los cinco libros de Moisés, que describian los males, pero no los curaban: *Sed illi ægros prodebant, languidos non sanabant.* Pero ¡ah! nosotros pu-

¹ Judic. 17. v. 20.

diéramos decirlo hoy con mas razon de la Piscina de los cristianos y de los misteriosos pórticos que rodean el baño de la penitencia, los que no sirven mas que de manifestarnos los males, pero no vemos curacion alguna: *Sed illi ægros prodebant, languidos non sanabant.* Vemos llegar una gran multitud de pecadores, pero no vemos salir casi penitente alguno; nos manifiestan allí las llagas, pero casi nunca las cierra el sagrado baño; nos dan á conocer los enfermos, pero no vemos el remedio: *Sed illi ægros prodebant, languidos non sanabant;* y si fuera lícito decirlo, sucede lo que con la ley de Moisés, que descubriendo los pecados los multiplicó, y no sirvió mas que de hacer prevaricadores en el sentido del apóstol. ¡Ah! este divino remedio en vez de curar los males de la Iglesia los ha aumentado, permítaseme esta expresion; ha dado motivo á las profanaciones, en vez de restablecer la piedad, y ha hecho sacrílegos en donde debia hacer penitentes. *Sed illi ægros prodebant, languores non sanabant.*

Entremos dentro de nosotros mismos, católicos, y particularmente en este dia, consagrado á la conversion de los mayores pecadores por la curacion de un enfermo desesperado. En este dia, en que las mismas oraciones de la Iglesia solicitan del Señor sus misericordias para las almas mas abandonadas, acordaos aquí delante de Dios de toda la serie de vuestra vida y de la historia secreta de vuestra conciencia; repasad el infinito número de confesiones, siempre repetidas y siempre inútiles, que serán indefectiblemente en el tribunal de Jesucristo el motivo mas terrible de vuestra condenacion. Decíos á vosotros mismos: ¿cuáles han sido hasta ahora mis caminos y la monstruosa conducta de mi vida? Las pasiones que hoy me dominan son llagas de la infancia que han envejecido conmigo; hoy me

hallo tan sensual, tan soberbio y tan disoluto como en la primera estacion de mi vida; mi destino me ha hecho experimentar en lo exterior diferentes estados, pero mi vergonzosa pasion me ha seguido en todas partes y siempre ha sido la misma; mi vida no es mas que un continuo pecado, distinto solo por los diversos estados y circunstancias. *Un dia ha enseñado á otro dia, y una noche ha manifestado su fatal ciencia á otra noche.*¹ Por mas de lejos que tome la historia de mi vida, ya hallo los excesos y principios de mis pasiones, y el principio de mi vida se me presenta con las primicias de los delitos de que aun estoy culpado.

Con todo eso, ¡oh Dios mio! aun no se ha declarado contra mí vuestra indignacion, y desde lo alto de vuestra justicia me veis errar despues de tanto tiempo en los culpables caminos, sin haberme herido de muerte y sin haberme hecho perecer, como á otros muchos, en medio de mi carrera. ¡Ah! algun fin de misericordia habeis tenido para conmigo en alargar mis dias y dilatar hasta ahora vuestra venganza; no me hubiérais librado de tantos peligros como han amenazado mi vida, si no quisiérais manifestar en mí algun dia las riquezas de vuestra gracia.

¡Gran Dios! ya empiezo á no amar mis males; acabad vuestra obra, y haced que busque yo el remedio; el estado de mi conciencia me turba, el desórden y la corrupcion de mi vida me cubren de vergüenza, los remordimientos del pecado me tiranizan y llenan de amargura todos los dias de mi vida. Acabad, gran Dios, de romper los lazos que ya están para desatarse; dad el último golpe á mi volun-

¹ Psalm. 13. v. 3.

tad rebelde; sostened mi flaqueza en un combate en que tantas veces me habeis visto vencido; no os aparteis de mí, haced que yo no vuelva á hallar la calma y la tranquilidad que he perdido, sino conservándoos siempre mi fidelidad. Amen.

